

La princesa de la eterna sonrisa

La princesa de la eterna sonrisa
David Carvajal Garrido

Esta obra ha sido licenciada bajo una licencia Creative Commons
Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 2.5 España.



Usted es libre de:

- Copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra

Bajo las condiciones siguientes:

- Reconocimiento. Debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el licenciador (pero no de una manera que sugiera que tiene su apoyo o apoyan el uso que hace de su obra).
- No comercial. No puede utilizar esta obra para fines comerciales.
- Sin obras derivadas. No se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra.

Al reutilizar o distribuir la obra, tiene que dejar bien claro los términos de la licencia de esta obra.

Alguna de estas condiciones puede no aplicarse si se obtiene el permiso del titular de los derechos de autor

Nada en esta licencia menoscaba o restringe los derechos morales del autor.

Hace mucho tiempo, en un reino lejano y ya olvidado por los hombres, había un rey preocupado. Sentado en su trono, con la cabeza apoyada sobre una mano, daba vueltas al problema que le rondaba: su hija, la princesa, no conocía la pena. Desde la muerte de la reina, se encerró en su cuarto durante un año y sólo permitió la entrada a su fiel y leal sirvienta, que la lavaba y traía comida. El resto del tiempo lo pasó sola, encerrada entre los muros de la autocompasión. Al salir, apareció vivaz, jovial y contenta. Y sonreía. De hecho, no podía dejar de hacerlo. Todo le parecía maravillosamente mágico y, allá donde iba, desbordaba optimismo y vitalidad. Su pueblo y hasta el mismo rey acogieron muy bien la renovada actitud de la princesa. Hasta que éste se dio cuenta de que en realidad lo que le pasaba era que se había vuelto insensible al dolor. Nada le enturbiaba el espíritu, nadie le hacía entristecer, nada ocasionaba su llanto... Y es que había pasado todo un año derramando lágrimas por la pérdida de su madre. Un año llorando una muerte real. Demasiado tiempo sin sonreír... Así que ya no le quedaba una sola lágrima que verter por sus pálidas mejillas. Ya no era capaz de volver a sufrir por nada ni por nadie. Demasiado tiempo, sí. Demasiado...

El rey no cesaba en su empeño de hallar una solución, pues no podía tolerar que su hija se negara a ver las fatalidades del mundo. Una princesa había de ser fuerte y comprender que la vida es cruel y que aún quedan muchos problemas que resolver y muchos dolores que afrontar. Y así nunca estaría preparada. Algún día sería reina. Y una reina ciega y sin corazón jamás podría llorar por su pueblo. Jamás podría volver a sentir. Jamás podría amar... Es por ello que el rey decidió, tras algún tiempo después del claustro, casarla con alguno de los más horribles pretendientes posibles. Esperaba que ella reaccionara, odiándolos o aborreciéndolos, sabiendo que esos seres detestables iban a tomar su mano. Pero no. La princesa no sentía, ni padecía. Todos le parecían perfectos, a cada cual la trataba peor que el anterior. Siempre se dedicaba a jugar y a sonreír, sin más. Así que el rey proclamó un edicto en el que convocó a todos aquellos que estuvieran dispuestos a hacer llorar a la princesa, prometiendo a aquel que lo lograra su mano y el puesto de príncipe y futuro rey como premio. Llegaron muchos rufianes y desalmados y, al igual que todos aquellos caballeros egoístas con sus pretenciosos portes y sus maneras altaneras, todos los demás también fracasaron. Nadie conseguía aplacar su complacencia ni producirle un solo sentimiento amargo. El rey estaba desesperado...

No muy lejos de allí, y al final de la primavera, un joven trovador con alma de trotamundos recorría los caminos con pesados indecisión. Viajaba de un lugar a otro cantando sus historias y alegrando a la gente allá por donde pasaba. Pero él, no era feliz. Todos reían y se animaban escuchando sus romances y su flauta risueña. Pero él, no era feliz. Y cuando partía, las gentes del lugar le daban comida para el viaje, suerte y hasta más ver. Pero él, no era feliz. Y no lo era porque, pese a todo eso, sólo era una sombra. Un susurro que llega, dice las palabras que porta en su interior, y se marcha igualmente silencioso. Un heraldo de la música y los versos, benefactor de los demás y transmisor de la alegría. Tanta, que no guarda ni un poco para sí... Y así llegó al último pueblo, del que salió rumbo hacia el castillo, dispuesto a proseguir su agrí dulce errar. E iba por el camino recordando lo que una pobre vieja desdentada de aquel pueblo le dijo al partir: “Ve allí, y da consuelo y esperanza a sus gentes. Pero jamás esperes otra cosa de la princesa, si la ves, que te dedique su eterna sonrisa. Pues dicen que está maldita y que no sabe lo que es la emoción verdadera. No responderá a tus plegarias, no se conmovirá con tus cantares y, sobre todo, no llorará con tu pesar, pues no sabe hacerlo...”. El pequeño juglar iba así rememorando aquellas palabras mientras andaba las sendas del porvenir, sumido en sus pensamientos: “¿Y qué otra cosa me dijo aquella mujer? Me dijo algo más... A ver... ¿Qué era?... Era como una prohibición. Que no... Que no me... Que no me bañ...”, cuando de repente, dióse cuenta que se había desviado del camino, tal fue su despiste, y que había ido a parar a un lago. Era bello y cristalino, y sus aguas reflejaban el

fulgor del sol matinal. Hacía un bonito día. “Qué hermosas aguas”, dijo el chico. “Me daré un baño”.

Mientras tanto, iba la princesa dando su paseo de la mañana, bailoteando entre las piedras y recogiendo flores. Fue entonces cuando le vio. Avergonzada, corrió a esconderse tras un árbol y, espíandole, se le quedó mirando mientras él se bañaba. Jamás había visto el cuerpo desnudo de un hombre y, por un pequeño instante, su sonrisa desapareció de su rostro dejando una expresión de asombro y fascinación. Cuando salió del agua, ella cayó en la cuenta de “en dónde” se había estado bañando. No era un lago cualquiera. No eran unas aguas comunes. Aquel hombre que se secaba ahora con un paño se había internado en la mayor de las penas. El producto de la más amarga melancolía. Pues donde sólo hubiera un valle ha tiempo, hubo una vez una princesa que desde su ventana lloraba cada noche, alimentando lo que ahora era un lago en el que jamás nadie, hombre o criatura, había osado sumergirse, bañarse o beber. Pues todos sabían que aquella era la Laguna de las Lágrimas Rotas, y decía una leyenda popular que sólo aquel que tuviera el valor para bañarse en ella, sería el único que penetraría el corazón de la insensible princesa.

Presentó ante el rey sus respetos, y el buen trovador se ofreció a dar un recital en la corte. Pronto sería el cumpleaños de la princesa, así que el rey decidió que le daría una sorpresa a su hija con el canto del juglar. Llegó por fin el día de la fiesta, tan esperado por todos, y cuando la princesa apareció en el banquete, todos la aplaudieron, felicitaron y vitorearon, contagiados por su expresión de máxima felicidad. Tras la comida, dieron paso a los bufones y artistas y, por último, salió a escena... el trovador. Una extraña e inesperada punzada golpeó el pecho de la princesa al verle. Era él. Aquel chico del lago. Y se puso a cantar. Habló de batallas épicas y de héroes pasados, y todos se entusiasmaron con las historias y se deleitaron con el son de su flauta. Todos menos la princesa, que permanecía con su sonrisa imperturbable. Narró sus aventuras y tarareó sus versos, impresionando a todos. A todos menos a la princesa. Fue entonces cuando el rey le hizo una seña. Y cambió el tono de su canción. La melodía tornó triste. Sus palabras se volvieron penosas. Contó a todos de sus desdichas, de su atormentado corazón y de lo solos que se sentían ambos. Los semblantes volviéronse mustios, las flores parecían más tristes y las vidas de todos un poco más vacías. Y todos lloraron al escuchar su lamento. Todos, menos la princesa... Mas ya no sonreía.

Unos días más tarde, estaba el trovador ante la puerta de los aposentos de ella, cuando al llamar una voz le dijo: “Entra”. Con cierto temor, el jovenzuelo abrió la puerta. Y entró. Y allí vio al más hermoso ángel de todos los cielos, vestida con un camisón blanco, sentada en su cama y luciendo la más hermosa sonrisa que hombre alguno haya visto jamás. Deslumbrado, balbuceó, tartamudo: “¿Me... me-me hicist... me hicisteis llamar... princesa?”. A lo que ella contestó, dulce y encantadora: “Claro”. Y añadió: “Pero ven, acércate. No tengas miedo. No te voy a comer”. Temeroso, hizo lo que se le pidió y, tras un eterno instante de silencio, ella le dijo: “Quiero que cantes para mí. Que me hables de tus vivencias, que me hagas cómplice de tus aventuras, que me cuentes de aquello que has vivido”. Perplejo, él contestó: “Pero, mi señora. Mis canciones son para el pueblo, para las buenas gentes que quieran escucharme y a las que pueda animar con mis historias. No son para vos, que sois feliz y hermosa, y no tenéis por qué llorar”. La princesa, enmudecida, insistió después: “¿Y tu poesía? ¿Para quién es tu mejor y más bella poesía?”. “Para la más bella musa que pueda inspirármela”, contestó él. “Pues déjame ser tu musa, y haz poesía para mí”. “No lo entendéis, princesa. No es así”. “¿Y qué he de entender, buen trovador?”. “Antes tendría que amaros. Y para ello tendríais que amarme”. “Te amaré entonces”. “¿Vos? Vos no sabéis lo que es amar de verdad. Pues el Amor es entrega, es mutua unión, es un sentimiento que nace para no morir, que no se evita ni limita, que crece y no se controla, que se mantiene y no se contiene, que no se crea... se siente”. El trovador calló unos instantes. Tras ellos, la princesa, boquiabierta, hizo

un gesto para indicarle que saliera de su alcoba. Cuando el chico cerró tras de sí, ella, pensando en voz alta, sola, murmuró: “Pues tú me enseñarás a amar...”

Llegó el verano, y el trovador se hizo muy popular en la ciudad. Por mediación de la princesa había recibido alojamiento y manutención entre los muros del castillo, y todas las semanas deleitaba a la plebe con su música y su voz por el día, mientras que por las frescas noches estivales él y la princesa hablaban durante horas sobre infinidad de cosas: la belleza de las flores, las maravillas del mundo fuera del castillo, el fulgor de las estrellas... Y en cuestión de poco tiempo no hubo para él flor más bella, ni más grande maravilla en el mundo, ni más brillante estrella... que ella. Porque de sus largas sesiones bajo la luna, se desprendió una magia como antes no hubiesen conocido ambos. Cuando él hablaba, ella escuchaba. Cuando lo hacía ella, él la correspondía. Si reían, lo hacían juntos. Y al mirarse... él sonreía. Y era entonces cuando ella le devolvía la sonrisa.

Pasó el verano, y el rey, que antes que tal, era padre y conocía bien los designios del corazón, diose cuenta de lo que a su hija le pasaba. Así que un día, en una bonita mañana de setiembre, se acercó a ella y le dijo: “Hija mía, quiero preguntarte algo”. “¿Sí, padre?”, contestó ella. “¿Qué tienes y qué te ha pasado estos meses, que estás distinta y feliz parece?”. “Padre, siempre estoy feliz. ¿Qué os hace pensar que ahora es diferente?”. El rey calló un momento, como saboreando la respuesta, y sentenció: “Tu mirada, princesa... Pues tus ojos revelan un fulgor como antes no lo hacían; pues tus ojos son el fruto de una bella semilla que un hombre sembró en tu corazón hace tiempo; pues tus ojos están puestos en ese hombre y, a fe mía, que ese hombre es el joven trovador”. Y los ojos de la princesa se abrieron de par en par, dando la razón al rey. Y la princesa se mordió el labio inferior, que le temblaba inquieto. Y dijo: “Sí, padre. Tenéis razón. No sé qué es, pero a todas horas le veo, esté o no frente a mí. Que en él a todas horas pienso, y cuando estoy con él, le deseo. Que se me acelera el pulso y me recorren escalofríos el cuerpo. Que por él ya vivo y sin él... muero. Padre, ¿estoy enferma?”. El rey, con una sonrisa de satisfacción, respondió: “Lo estás”.

“Pero, majestad, no podéis pedirme eso. Yo amo a vuestra hija”, fue la respuesta del trovador. “Pues si la amas, querrás lo mejor para ella y que sea feliz. Tú solo eres un vulgar trovador. Ella es una princesa. No, debes partir. Aléjate como te he pedido de este castillo, sin demora ni despedida, y serás bien recibido siempre que desees volver. Niégate y serás desterrado y proscrito, perseguido y muerto”. “¡Pues antes muerto que alma en pena! ¡Antes moriré por amor que de nostalgia y melancolía! ¡No, mi señor! ¡No sabéis lo que decís! No cumpliré vuestro mandato, aunque tenga que enfrentarme con el mismo Diablo”. “Estáis desafiando a un rey, muchacho”. “O a Dios mismo, si falta hiciere. Por el amor de vuestra hija, todo es nada. ¿Acaso no veis que la amo, y que jamás podría hacerle algún mal?”. El rey, callado, pensativo, por toda respuesta, dijo: “Hijo, el mal ya se lo habéis hecho, emponzoñando su alma, y devolviéndole la verdadera sonrisa”.

Esa mañana hacía calor, el lago se había secado a lo largo del verano y en la plaza se respiraba la mayor expectación. Todos habían ido a ver con sus propios ojos lo que se contaba: un forastero había retado al rey, y éste, para salvar su honor, había aceptado combatirle en un duelo a muerte. Todos sabían que era el buen trovador. Y allí estaban, los dos, frente a frente. La princesa, inquieta y preocupada, aguardaba a un lado. Mas no lloraba... El rey, desenvainando, dijo: “No vas armado, trovador. ¿O acaso vas a golpearme con tu flauta?”. Y una carcajada suya invadió toda la escena. Una brisa suave y el silencio fueron su primera respuesta. Le siguió ésta: “Mi arma son las palabras, el corazón mi pluma. No tengo más espada, que mi alma de juglar. Y creedme, me basta, y sobra... majestad”. Y tras eso, salió de la reverencia de la que se había inclinado para decir esa última palabra. El rey, ciego de rabia, se lanzó, espada en vilo, hacia él. Y gritó: “¿Acaso no tenéis

honor?”. Golpea. “Sólo atiendo al Amor”. Esquiva. “¿Dónde está vuestra cordura?”. Le asesta otro golpe. “Tornó en locura... por vuestra hija... señor”. Se escabulle. La princesa grita: “Basta, padre. Dejadlo”. “¿Jamás! Este tozudo hombre, mi poder ha desafiado. El poder de un rey, y mi nombre; todo esto ha mancillado”. “Pues si así ves lo que a aquel hombre y a mí nos une...” “¿Estás conmigo o con él?”. “Con él”. “Contra mí, pues”. Forcejearon padre e hija, él la empujó y el trovador lanzóse a por el rey, para que éste le ensarte con la espada de parte a parte. Las gentes del pueblo gritaron y tras un silencio eterno los hombres abuchearon y las mujeres lloraron. El rey, con sus ojos abiertos de par en par, dio dos pasos atrás y miró a su hija, luego a la espada, al juglar arrodillado y caído, por último a su hija. Y el trovador, temblando, pronunció estas últimas palabras: “Dicen que la última lágrima es la que se derrama con más dolor, puesto que es la que se desprende de nuestra alma con menos fuerza. Y que la primera es sólo un prelude de la tragicómica vida que nos espera... Yo creo que cada lágrima es el principio y fin de una vida distinta... pero de una misma alma”...

El eco ahogado de unos pasos resonaban entre los grises muros del castillo, subiendo cada escalón. Poco a poco, la princesa subía la escalera que la llevaba a sus aposentos. Su muda expresión lo decía todo. Su rostro inexpresivo lo reflejaba todo. Su paso firme lo expresaba todo... Con medida y desapasionada decisión, llegó hasta su puerta, la abrió y entró. Lentamente, la cerró tras de sí, dio unos pasos más hacia la ventana y se sentó en la silla que había reposado junto a ella acumulando polvo y abandono durante algunos meses. Entonces, callada y en calma, puso las manos sobre su regazo y se asomó por la ventana, contemplando el esplendor del valle y sus colinas.

... Y un lago empezó a nacer entre ellas.